

# LO QUE HAY QUE VER

## Todo por el poder

Shakespeare se convierte en serie de TV en **House of cards**



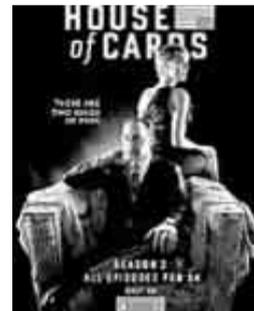
FRANCISCO GARCÍA  
PÉREZ

En un episodio de esta segunda y admirable entrega de la trilogía televisiva **House of cards**, alguien recomienda al millonario y pútrido personaje Raymond Tusk que abandone un proyecto rezumante de corrupción por todas partes. El viejo pregunta extrañado el porqué, y como su interlocutora le contestase que por obrar bien, pues los actos buenos obtienen recompensa, al manipulador magnate comienza a brotarle una risa tan incontenible como espontánea. No es una carcajada destemplada: es esa reacción de hilarante regocijo que nos produce la candidez ajena llevada al extremo. ¿Obrar bien es bueno? Qué cosas dice usted, qué debilidad de espíritu, pero en qué mundo vive... Porque en un universo de amoralidad absoluta, donde alcanzar la cumbre de la cadena alimentaria es el único objetivo, ¿a quién importa la ética, a quién la moralidad, la lealtad, la palabra dada, a quién los actos consecuentes con la honestidad o con la justicia o si quiera con la decencia, si el único objetivo es cegar al prójimo así me quede yo tuerto en el empeño? Ese es el limo fétido que impregna la vida diaria de Francis Underwood (cínico, contenido, abominable: estupenda interpretación de **Kevin Spacey**) en su carrera hacia el poder absoluto; de su connivente esposa Claire (fría, malvada, la Lady Macbeth del siglo XXI: escalofriante **Robin Wright**); de toda esa colección de monstruos amorales que pueblan **House of cards**: ni un alma buena se encuentra entre ellos para dar contraste. El mal posmoderno en todo su esplendor. Todo por el poder: ¿a quién importa el resto?

Aunque mi admiración militante por la serie televisiva inglesa original (de 1990) sigue incólume, aplaudo sin reservas estos 13 episodios de su réplica norteamericana. Creo que superan incluso la primera parte (de 2013), pues se asientan sobre un «macguffin» tan monumental y enrevesado (unos turbios negocios comerciales entre EE.UU. y China) que el buen espectador olvida enseguida tal excusa argumental pa-



Kevin Spacey, protagonista de «House of cards».



**House of cards**  
(SERIE DE TV. 2.ª TEMPORADA)  
CREADA POR BEAU WILLIMON  
Canal Netflix (EE UU), Canal +  
(España)  
13 episodios, 2014

ra centrarse en lo que en realidad importa: el desfile de la desfachatez más absoluta, de la corrupción gangrenosa, de la hipocresía como norma de conducta sin excepción, de la puñalada traquera o florentina, del asesinato y la degradación y la vileza, de la mentira que ya no recuerda que una vez hubo verdad. Altas esferas del poder, siglo XXI: he aquí su anatomía.

Cuánto **Shakespeare** hay en estos capítulos (y cuánto convendría que Sha-

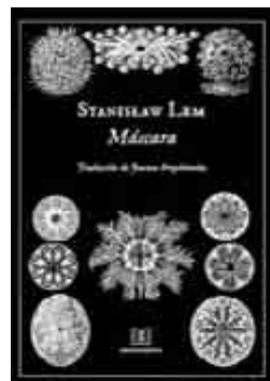
kespeare fuese lectura obligatoria en las escuelas, para ahorrarnos largas explicaciones a los docentes). Frases rotundas y sentenciosas (y descorazonadoras) que ya circulan como oráculos en internet. Pero **House of cards** es también imagen, momentos, gestos: es cine, por entendernos. Imagen: una cámara que no se inmiscuye angulando o forzando planos, casi una cámara que pasase por allí y diese cuenta de lo que ocurre ante ella. Momentos: el odioso Tusk habla por teléfono mientras cuida de sus pájaros (es un experto ornitólogo en los ratos libres que le dejan sus manejos de alto nivel); oye mal a su interlocutor porque una de las aves grazna; ordena silencio al animal (sic); pero como este lo ignora, lo toma con una mano y lo aplasta; se limpia al pantalón un instante, y a otra cosa: aquí no ha pasado nada. Gestos: los últimos minutos del episodio final carecen de diálogos, no se dice palabra alguna (y no soy «spoiler»); pero véanlos ustedes diez, doce veces, quince veces; fíjense en todos los matices: manos, sillón, pasos, luz, atmósfera, mirada, ritmo... Perfectos, incommensurables. Y ya entenderán, cuando los vean, esta onomatopeya: «¡Toc, toc!» Y fundido en negro.



jo el disfraz de las buenas palabras, la dicción educada, los gestos fraternos. Ello, sin embargo, no la hace menos implacable. Encerrado en su hotel Hilton o en una jaima en la arena, preso de unas circunstancias que no entiende y de una negligencia que lo destruye, Clay deambula por el limbo de quienes aguardan. Su peregrinaje se convierte en una metáfora poco complaciente del impass epocal que vivimos. Cuando el rey saudí reciba al fin a su invitado americano, escuchará su propuesta sin mover un músculo. Un poco más allá, bajo el amparo de un edificio llamado la Caja Negra, un grupo de eficaces asiáticos estará cerrando otro tipo de trato. El emperador está desnudo bajo sus galas.

## Trece piezas de Lem que nunca le ofrecieron

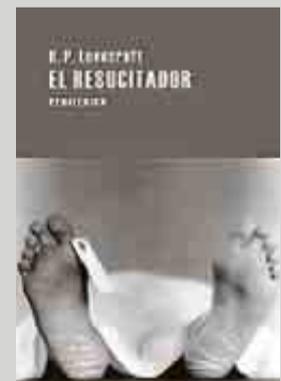
Llega a su segunda edición este volumen que ha sido acogido con los brazos abiertos por todos los seguidores del maestro polaco **Stanislaw Lem** (1921-2006). Y no es de extrañar ya que en sus páginas se albergan nada menos que trece relatos que hasta ahora nunca habían sido traducidos al castellano. Como bien saben quienes le reverencian, Lem es una de las luminarias de la ciencia-ficción y obras como la magistral **Solaris** dan buena prueba de ello. Pero Lem, víctima primero de los nazis y luego de los comunistas polacos, es más que eso. En sus narraciones alienta el espíritu del rebelde que se siente enclaustrado e idea mundos en los que la deriva surreal se funde con la angustia kafkiana para explorar situaciones que son el irreconocible reflejo poético de sus propias peripecias adversas. Escritos entre 1957 y la década de 1990, los relatos agrupados en **Máscara** tocan toda la gran diversidad de asuntos que iluminan la obra de Lem, desde la parodia de las guerras estelares hasta complejas construcciones de raíz filosófica. Un regalo.



**Máscara**  
STANISLAW LEM  
Traducción de  
Joanna Orzechowska  
Impedimenta  
424 páginas  
22,95 euros

## Los zombies, vistos por Lovecraft

Los lovecraftianos estamos de enhorabuena. Por sólo citar unos títulos, **En las montañas de la locura**, **El caso de Charles Dexter Ward**, **El horror de Dunwich** y ahora **El resucitador** comparecen con nuevos ropajes y, sobre todo, con rigurosas traducciones que ponen de manifiesto que el mago de Providence (1890-1937) no estaba tan desprovisto de dotes literarias como se ha venido pregonando en España. El intenso relato **El resucitador** (**Herbert West: Reanimator** en inglés) fue publicado por entregas a principios de la década de 1920 y enlaza a Lovecraft con el mismísimo **Frankenstein**. En principio, no deberíamos alarmarnos demasiado. El joven West estudia Medicina –en la Universidad de Miskatonic, claro–, pero su obsesión no son los vivos sino la posibilidad de devolver la vida a los muertos. El problema es que la manipulación de fluidos a la que West somete a los cadáveres abre la puerta a espantos indescriptibles que hunden sus raíces en arcanos nunca desaparecidos. Otra manera de ver a los zombies.



**El resucitador**  
H. P. LOVECRAFT  
Traducción de  
Juan Sebastián Cárdenas  
Periférica  
96 páginas  
14,50 euros